

CARTA III.

VISTABELLA.

Mayo 16 de 1872.

«¿Te has muerto? Si no es así, si vives, ¿por qué razón guardas tan tenebroso silencio?... Yo, en igualdad de circunstancias, habría sido capaz de escribirte desde el otro mundo. Nunca fuiste cortésano de mis prosperidades, y no puedo creer que tu amistad le haya vuelto la espalda á mi desventura. Ahora me acomete el temor de que nuestras cartas hayan sido interceptadas, y no puedo explicarme de otro modo tu conducta conmigo, porque he creído siempre en tu amistad, y no he creído nunca, y por supuesto ahora menos todavía, en la inviolabilidad de la correspondencia.

Si mis cartas se han salvado de la encrucijada en que tantas caen, no me queda más que una suposición para disculparte. No has contestado á ninguna de las dos, porque no tenías nada que decirme, y no has querido aumentar mi mal humor con reflexiones tardías, y estás aún buscando un buen consejo que darme.

No obstante, me inclino á creer que mis cartas se han extraviado, y voy á resumir en dos palabras el contenido de ellas. Helo aquí: Elisa no me ama. Es verdad que no la creo capaz de amar á nadie, porque es insensible á todo, menos á las satisfacciones de su vanidad: su belleza y su fausto: he ahí los dos únicos pensamientos que llenan su alma. Sé muy bien que mi mal no tiene remedio, y conozco perfectamente lo delicado de mi posición. No me asedia el recelo de que otro hombre me sustituya en su corazón; pero.... estoy seguro de que necesita para vivir la atmósfera de la admiración. No sé qué sistema de conducta debo adoptar para librarme del peligro de las apariencias. ¿He de constituirme en vigilante de sus acciones y en fiscal asiduo de sus palabras?... En primer lugar, sería inútil, y en segundo lugar, si ahora le soy indiferente, entonces llegaría á serle odioso. Además, no se escaparía este espionaje á la perspicacia del mundo, y las gentes más sensatas me tendrían por un marido impertinente. Si me dejara llevar de mi genio, plantearía la cuestión francamente, y propondría una separación amistosa; ¿pero á cuántas suposiciones no daría lugar este paso?... ¿Quién sabe adónde llegaría el furor de las conjeturas?... Comprendo que es necesario hacer el papel de marido dichoso, que es preciso ser feliz á pesar de todo, á lo menos siquiera en estos primeros días.... ¡Qué luna de miel me ha deparado mi suerte!

En honor de la verdad, no tengo motivo para

quejarme. Yo reflexiono, y digo: ¿Acaso soy el único ser en el mundo á quien la satisfacción de la belleza y la pompa del lujo roban el tierno cariño de la mujer que ha elegido para que sea la compañera de su vida?... ¿No es, por ventura, una pretensión exorbitante aspirar á la preferencia de un corazón sumergido en las embriagueces de la vanidad?... ¿Con qué derecho puedo yo exigirle que me sacrifique el doble esplendor de su hermosura y de su fausto, cuando yo mismo he sido el primer adulator de sus adornos y de sus encantos?...

Ahora recuerdo con cruel memoria que obtenía sus sonrisas más encantadoras y sus miradas más expresivas cuando acertaba á enaltecer con frases felices y originales la perfección de su tocado, la pureza de sus facciones ó el gusto exquisito de sus adornos. ¿No es esta la mujer que yo he elegido? Pues, entonces, ¿cómo pretendo que sea otra? ¿Me es lícito exigir que Elisa deje de ser Elisa?

No dirás que no discuro con juicio. Ya ves que reconozco la parte que tengo en mi desdicha. ¡Cuán cierto es que la mayor parte de nuestras desgracias nos las debemos á nosotros mismos!

¿Me resigno?... Muy bien; pero ¿cómo?... Dos maneras se me ofrecen: ó la abandono á las contingencias de su vanidad y á los escollos del mundo en que vivimos, encerrándome en la más completa indiferencia, ó, por el contrario, intento conquistar su corazón despertando en él los sentimientos que

son la vida del alma. Después de reflexionar algunos instantes, resolví apelar al último medio. La empresa me pareció verdaderamente ardua; imagínate que es preciso educarla de nuevo sin que ella lo advierta.

Estoy acostumbrado á vencerlo todo con el dinero; mas en esta ocasión advertí que mi riqueza iba á servirme de estorbo. Necesitaba yo establecer cierto aislamiento para llevar á cabo mi propósito, y en nuestra brillante posición es muy difícil alejar el mundo que nos rodea, más bien el mundo que nos invade; ¡pero me ocurrió una idea felicísima!

Poseo á doce leguas de Madrid, y próxima al camino de hierro del Mediodía, una casa de campo, en la que he invertido por puro lujo muchos millones. Es una posesión digna de un príncipe. Pero, ¡bah!; te estoy dando noticias de una casa que conoces lo mismo que yo, pues hemos pasado en ella juntos algunas temporadas.

Hace algunos días hice delante de Elisa un elogio apasionado de esta posesión, y advertí que me escuchaba atentamente. Después me dirigió algunas preguntas acerca de la situación que ocupa y de los recursos que ofrece, y me pareció satisfecha de mis respuestas. Entonces le dije:

— ¿Deseas conocerla?

— Phs, — me contestó, moviendo la cabeza.

— La estación convida (añadí yo) á pasar allí una temporada. Estamos en el principio de la primavera y en los primeros días de nuestra luna de miel.

33853

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Veremos (me dijo); le temo á la soledad, y voy á aburrirme.

Ahogué en el fondo de mi corazón este desaire hecho á mi persona, porque claro está que yo había de acompañarla, y ella temía á la soledad yendo conmigo.

Me sonreí de la manera más amable que me fué posible, y proseguí diciendo:

—Allí puedes dar largos paseos á caballo, que fortalecerán tu salud, algo delicada. Tienes también un hermoso estanque, que, por medio de un estrecho semejante al de Gibraltar, se comunica con otro mayor, cuyas aguas pacíficas van á perderse bajo la sombra de un bosque silencioso. En estos mares puedes navegar cómodamente, y darle una vuelta al mundo en una tarde. Encontrarás allí jardines, grutas, cascadas, fuentes y estatuas. Hay también un gran soto abundante en caza, y, si no eres demasiado sensible á la crueldad de esa diversión, cazaremos succulentas liebres y sabrosos patos.

El cuadro que yo la describía llegó á interesarle, porque se animó su rostro, y me dijo:

—No es posible resistirse á tantos atractivos. Quiere decir que añadiremos lo que falte, y pasaremos una buena temporada.

—En ese caso (me apresuré á decir), voy á dar las órdenes necesarias, á fin de que todo esté dispuesto para mañana.

—Mañana (replicó), es demasiado pronto. Estamos en jueves. Bien; iremos el domingo.

En efecto: el domingo llegamos á esta soledad encantadora á que tú has puesto el nombre de *Vis-tabella*.

Desde que pusimos el pie en la quinta se mostró conmigo más comunicativa, merced, sin duda, á su curiosidad, pues me hizo mil preguntas; quería enterarse de todo antes de verlo, y á la vez iba corrigiendo los defectos que advertía en mis respuestas. Hay que reconocerle hábito de grandeza y cierto gusto aristocrático, y no me opuse á que hiciera las reformas que creyera convenientes, lo mismo en los salones que en los jardines. Al día siguiente se dignó coger mi brazo después del almuerzo, y juntos recorrimos una parte de la posesión; á la tarde completamos la visita dando un largo paseo á caballo.

Empecé á concebir fundadas esperanzas de des-
pertar en este corazón de veintidos años la vida de los sentimientos. La estancia en la quinta le era agradable, y si yo conseguía apartarla por algún tiempo del mundo en que vivía adormecida su alma, podía empezar á cantar victoria. Jamás me ha ocurrido la idea de escribir una novela; pero todos hacemos alguna en la vida, y no dejaba de ser original la que comenzaba á trazarse en mi imaginación. Merced á mis riquezas, había obtenido la mano de Elisa: pues bien; ahora me proponía conquistar su corazón. Para un amante no suele ser esta empresa muy difícil; mas para un marido, la cosa ofrece más serias dificultades. Claro está que no pensa-

ba enamorarla con misteriosas serenatas, ni con tiernos suspiros, ni con billetes perfumados, ni con amenazas, ni con súplicas, ni con cómicas desesperaciones, ni con trágicos juramentos, porque todas esas cosas, que agradan á las mujeres en sus amantes, les son insoportables en sus maridos. Tampoco es cosa de agarrar una tranca y hacerme amar á linternazos. La aventura que me propongo llevar á cabo es más ardua.

Eso era ayer; hoy ha caído el edificio de mis esperanzas como un castillo de naipes. Elisa ha tenido la maldita ocurrencia de disponer una fiesta suntuosa, y ha invitado á ella á medio Madrid. Cuando creía que se había olvidado del mundo, era el mundo su único pensamiento. Esta noche empezarán á llegar los convidados. Se iluminarán los jardines á la veneciana; habrá paseos por el lago, baile en los salones y fuegos artificiales. Elisa acaba de recibir tres trajes; uno de mañana, otro de tarde y otro de noche; los tres son indispensables, porque la función está dividida en tres actos, y Elisa, que va á ser la reina de la fiesta, necesita, digámoslo así, triplicarse.

¿Por dónde dirás que he sabido esta novedad que ocurre en mi casa? La he sabido por los periódicos. Ellos me dan cuenta de todo, y explican el caso diciendo que yo, por hacer pública mi dicha, he preparado esta sorpresa, para que sea, si no más dulce, á lo menos más brillante, nuestra luna de miel. Estos demonios de órganos de la opinión públi-

ca todo lo saben y todo lo dicen: y no es eso lo peor, sino que anuncian mi propósito de repetir una vez á la semana tan espléndida fiesta. ¿Qué te parece?

No para aquí la cosa. Has de saber que también tengo dispuestas divertidas pesqueras en el lago, y animadas cacerías en el soto, carreras de caballos y corridas de toros. ¿Te parece poco?... Pues oye: unos atribuyen estas espléndidas locuras al amor entrañable que Elisa y yo nos profesamos, siendo, como si dijéramos, el fausto de nuestra mutua ternura. Otros no ven en todo ello más que un soberbio negocio: yo me propongo dar á Vistabella una celebridad europea, con el fin de tentar la vanidad de los grandes capitalistas. Mi pensamiento es venderla ventajosamente al primer millonario que quiera pagarla, ó á cualquier rey destronado que desee adquirirla.

Aún hay más: algún periódico advierte que se hacen diversos comentarios en los altos círculos políticos, atribuyendo la fiesta de Vistabella á una intriga tenebrosa, ó, por lo menos, al propósito de una manifestación continua del lujo reaccionario contra la corte *descamisada* de la novísima monarquía que nos ha caído en suerte.

Mi dicha ha alcanzado hasta esa celebridad, que, para mayor gloria de nuestro fausto, no carece absolutamente de peligros.

He aquí lo que me sucede cuando menos lo esperaba. La base de mi plan consistía en la soledad, en el alejamiento de las disipaciones del mundo;

me había propuesto hilvanar una especie de idilio; me proponía ser una cosa así como Pablo, á ver si conseguía meter á Elisa en los trotes de que se decidiera á ser mi Virginia; pero estas malditas fiestas han venido á echar abajo todo mi proyecto. Las riquezas con que me adula la suerte me estorban, y empiezo á sentir cierto rencor contra mi fortuna. Así es que he resuelto arruinarme; mejor dicho, he resuelto dejar que Elisa me arruine, cosa que hará á las mil maravillas. Éste, á lo menos, será su castigo, porque, por lo que á mí hace, seré el hombre más feliz de la tierra el día que pueda decirle:—Amiga mía, se agotó la mina: has gastado magníficamente hasta el último duro, y el espléndido Creso no tiene ya ni una peseta con que hacer brillar tu belleza. Ahora verás cuán fácilmente vuelve el mundo la espalda á los astros que se eclipsan.

Aquí tienes mi resolución definitiva: voy á abrir de par en par las puertas de mi gaveta, y á dejarla que tire por las ventanas de su vanidad todo el oro que me ha servido para comprar su mano. Al fin es suyo, porque, bien miradas las cosas, su preciosa mano era una joya, cuyo precio ha sido mi fortuna. ¡Ah! ¡no caen por la chimenea alhajas de tanto valor! ¡Dichosos los que no tienen fondos para adquirir estos objetos de lujo!

En resumen: mi luna de miel es bastante amarga.»

En honor á la verdad, mi afortunado amigo no

había hecho un gran negocio; pero yo vislumbraba algún rayo de esperanza, y, por otra parte, no podía aplazar por más tiempo la respuesta. Tomé la pluma, y le escribí largamente. Ayer debió recibir mi carta, y mañana espero saber el efecto que le ha causado.